

El exilio español en México: Cuatro momentos

Ascensión Hernández de León-Portilla

La tragedia de la Guerra Civil Española tuvo como resultado una transformación de la vida cultural de nuestro país en todos los ámbitos: el árbol derribado por el fascismo franquista dio frutos en México. Figuras como Adolfo Sánchez Vázquez, León Felipe, Juan Rejano y Angelina Muñiz-Huberman, entre muchos otros, contribuyeron de manera fundamental a un nuevo mestizaje cultural. Ascensión Hernández reflexiona sobre la impronta del exilio español en México y sus alcances hasta nuestros días.

El pasado año de 2009 se conmemoraron, tanto en México como en España, con entusiasmo y calor los setenta de la llegada del exilio español a tierras mexicanas. El año de 1939 es ya la fecha emblema del exilio, del final de la Guerra Civil Española y de la llegada del primer barco a Veracruz, el Sinaia, el 13 de junio. La llegada de aquel barco con mil seiscientos refugiados a bordo marca el éxodo y la acogida, el destierro y el transtierro, aunque los primeros refugiados españoles llegaron a México un poco antes, en 1937 los Niños de Morelia y en 1938 los primeros universitarios para los que se fundó la Casa de España. Año tras año, el 13 de junio se recuerda como un momento único en nuestro acontecer histórico, en el que comienza un nuevo periodo de la historia de España fuera de España y también en la de México como país de acogida, de asilo, de morada de libertad.¹

¹ “El exilio de la Guerra Civil Española fue el que más contribuyó al prestigio y tradición de México como país de asilo”. En Fernando Serrano Migallón, *El asilo político en México*, Editorial Porrúa, 1998, p. 103.

Todos recordamos las muchas conmemoraciones del pasado año en México y en España y, desde luego, las constantes celebraciones de las pasadas décadas.² ¿Por qué este afán de traer a la memoria una y otra vez el pasado del exilio con su dramático desgarró, con su intenso quehacer en tierra mexicana, con sus logros y su final feliz? Puede que haya muchas respuestas, seguramente las hay. Quiero fijarme en una: quizás es porque las mujeres y los hombres del exilio, por encima de todo, supieron forjarse un nuevo destino mexicano sin olvidar el propio, un destino que supuso una integración al nuevo espacio a medida que el tiempo pasaba y el exilio se

² El pasado año los centros académicos mexicanos se volcaron en conmemoraciones: El Colegio de México, la Universidad Nacional, la Universidad de Morelia, la Veracruzana, el Instituto Politécnico, el Ayuntamiento de Veracruz y el Ateneo Español de México promovieron congresos, conferencias y actos académicos. En España, la Universidad Nacional de Educación a Distancia, UNED, convocó a un magno programa de conmemoraciones que se realizó en varias ciudades de Europa y América, México entre ellas.



• DIARIO DE LA PRIMERA EXPEDICION DE REPUBLICANOS •
• ESPAÑOLES en MÉXICO •

Edición facsimilar

Presentación y epílogo:
Adolfo Sánchez Vázquez

CINCUENTENARIO DE LA EXPEDICION
MEXICO
1989

empatriaba. Espacio y tiempo los integró en el ser de México, los hizo ingredientes sustanciales del presente que vivieron, inseparables de él. Desde hace tiempo, son parte del proyecto nacional.

Quiero reflexionar aquí sobre el nuevo destino mexicano que el exilio se forjó a través de un trabajo sostenido y constante en el medio académico y social a lo largo de setenta años. Y para la mejor comprensión de un tiempo algo largo que corre en siete décadas, tomo como puntos de apoyo cuatro momentos, aun a sabiendas de que el tiempo es un *continuum* y que no hay cortes bien definidos. Estos cuatro momentos, que en cierta manera conviven entre sí, son: destierro, trans-tierro, proyecto de vida mexicano y creación de una nueva morada.

PRIMER MOMENTO: EL DESTIERRO

La salida era sinónimo de destierro. Al pasar los Pirineos perdieron su tierra, familia, amigos, sus casas y sus pueblos, sus raíces, su morada vital. El destierro aparecía como un desgarramiento total de su mundo y una huida hacia la nada en medio de una tristeza infinita acrecentada por sentirse arrojados y acusados de traición por los vencedores, sus hermanos. Con esta carga a cuestas deambu-

laron por las ciudades y campos de concentración de Francia bajo un horizonte sombrío en el que se dibujaba una nueva guerra. Algunos fueron más allá, a países socialistas, donde esperaban encontrar casi un paraíso. Pero años después, Jesús Hernández, uno de los que fue, recordaba que a todos les esperaba “una vida sin brújula”.³

En este horizonte aparece México dispuesto a crear una morada para ellos lo más pronto posible. La embajada de México alquila dos castillos, el de La Reynarde y el de Montgrand, cerca de los campos de concentración, castillos que transforma en albergues bajo bandera mexicana para asilar a los perseguidos, algo desconocido en la historia del asilo político, y organiza la gran empresa de rescate juntamente con los organismos republicanos españoles recién creados para ayudar a los vencidos. El sur de Francia se convierte en territorio de esperanza y de allí comienzan a salir barcos que cruzan el Atlántico llenos de desterrados. Es más, cuando Francia fue invadida, y los embarques se suspendieron, el gobierno mexicano consiguió firmar el convenio Franco-Mexicano con el gobierno de Vichy en 1940, que salvó la vida a muchos españoles y que fue el símbolo de esperanza para los sin nada. La creación de estos albergues fuera de México y de España, es decir, en un tercer país, fue un acto de generosidad único en la historia del asilo político.

Se considera que el exilio comienza en Francia y termina en América, en México. Los que llegan pisan tierra en Veracruz donde se les hace un recibimiento con los brazos abiertos: “Aquellos días primeros no se borrarán jamás de nuestro corazón”, decía Juan Rejano quien vino en el primer barco, el Sinaia.⁴ Y en realidad así era: el pueblo y el gobierno de México los recibieron con el corazón abierto, y los ayudaron a buscar trabajo y casa, quizá porque se adivinaba que serían muy benéficos para el país. El presidente Lázaro Cárdenas lo dejó escrito en su *Diario*:

El gobierno que presidí sirvió a móviles de interés nacional cuando atrajo esta inmigración española cuya raza y calidad es la que ahora, como en otro tiempo, puede mejor asimilarse en el pueblo mexicano de tan acusada estirpe hispánica.⁵

De Veracruz, los exiliados llegan a la Ciudad de México y comienzan a vivir la primera etapa del exilio, a reconstruir sus vidas, a buscar casa y trabajo, a encontrar

³ Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, México, 1953, Luis G. del Toro, editor, Madrid, 1974, p. 332.

⁴ Recogido en una entrevista por quien esto escribe en el libro, *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, México, 1978, p. 341.

⁵ Lázaro Cárdenas, *Obras I. Apuntes*, volumen II, UNAM, México, 1972, p. 7.

acomodo en la sociedad mexicana. Muy pronto recrean los partidos políticos y los intelectuales fundan asociaciones. En medio del desgarramiento de sus vidas, reconstruyen en lo posible la morada perdida y en ella comienzan a cultivar sus costumbres y valores, a recuperar el rostro de su identidad. Muchos se quedan a vivir en el centro de la ciudad, se encuentran en la calle, se reúnen en los cafés donde pasan horas y días recordando su historia, rehaciendo el presente e imaginando un futuro de esperanza y regreso.⁶ Se encarecieron las rentas de los pisos y las calles se animaron con la presencia española.⁷ Poco a poco se reconstruye el tejido social del exilio como grupo que permanece unido y que empieza una nueva vida en una ciudad que los había acogido con gusto, a pesar de la hostilidad de algunos sectores de la población que los consideraba muy rojos o muy competitivos o, simplemente, unos nuevos conquistadores.⁸

Pero aun así, con buena acogida y buen acomodo, los que llegan vienen cargados de tristeza y los poetas se encargan de manifestarla. Son muchos los que hacen versos de su llanto, los que se duelen de la separación de la tierra, los que no cesan de llorar. Hacen poesía de dolor porque el dolor y la desventura produce poesía y la poesía, liberación. El poema más conocido es quizás el de León Felipe, *El español del éxodo y del llanto* pero la pérdida de la tierra es una pérdida de parte del yo en la vida de muchos y es tema favorito en varios poetas de la generación del 27. Como ejemplo, recordemos tres poesías de Moreno Villa, Juan Rejano y Concha Méndez respectivamente:⁹

Lo malo de morir en tierra ajena
es que mueres en otro no en ti mismo
te morirás prestado.

No vivo en ti, no vivo en mí, no vivo
sino ardiendo entre llama y luz de ausencia
presente sobre el tiempo y la impotencia
de esta raíz que tiene el ser cautivo.

⁶ Es interesante destacar que los recién llegados se dedicaron con ahínco a reconstruir el ámbito perdido: crearon fuentes de trabajo planificando industrias y comercios, editoriales y librerías; rehicieron los partidos políticos, las asociaciones académicas, los centros de recreo y hasta el teatro y la zarzuela. Vid. Ascensión Hernández de León-Portilla, "El primer año del exilio español en México", *Historia 16*, Madrid, febrero de 1984, pp. 11-22.

⁷ El año pasado, el gobierno de la Ciudad de México consideró necesario recordar este hecho y decidió llamar a una de las calles del centro, la calle de López, "Vía del Exilio Español".

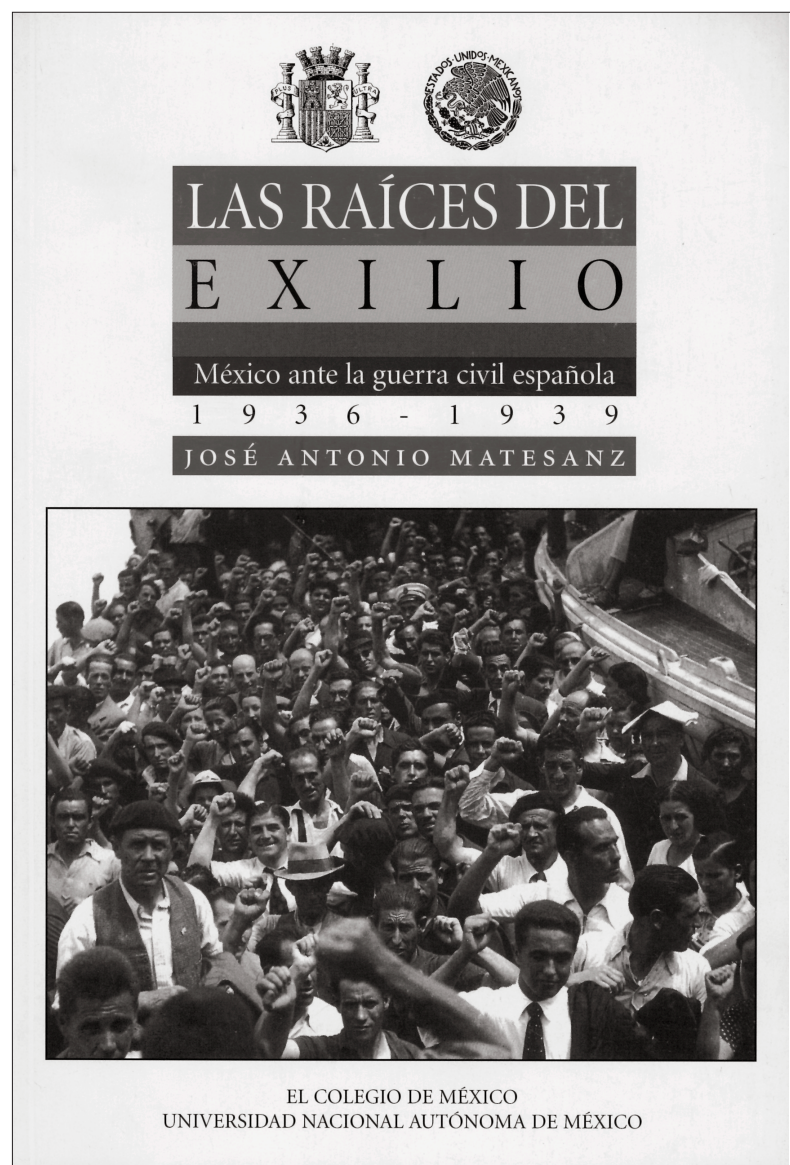
⁸ Este tema ha sido objeto de estudio por parte de varios autores de libros sobre el exilio como Patricia Fagen, José Antonio Matesanz y Dolores Pla. Un resumen, con la campaña de prensa del periódico *Excelsior*, en la que se dejan ver opiniones hostiles a los recién llegados, puede verse en Ascensión Hernández de León-Portilla, *España desde México*, p. 90.

⁹ Publicadas en varias antologías. Pueden verse en *Homenaje a México*, Ateneo Español de México, México, 1983 (sin paginar).

Mi existir es diferente
de acá para allá movida
cien fronteras vio mi frente
un caminar es mi vida
pero como tú la tierra
la tierra llevo en mi herida.

Los primeros años del exilio son de mirada interior, de búsqueda del porqué de la derrota, de reflexión sobre el pasado para encontrar una justificación de él y dar un sentido al presente; son un volver sobre el dolor que no termina y que produce mucho malestar. Esta actitud se manifiesta en las luchas entre ellos mismos, en las discordias y desavenencias y hasta en el enfrentamiento entre los dirigentes que resistieron hasta el final como Prieto y Negrín.¹⁰ Se manifiesta también en los conflictos y tensiones en el se-

¹⁰ El conflicto entre estas dos figuras culminó en la entrevista fallida de México de 1939. Está reflejado en el *Epistolario Prieto-Negrín*, Imprimerie Nouvelle, París, 1939 y comentado en el libro de Indalecio Prieto, *Convulsiones de España*, volumen II, México, 1973, p. 27 y ss.



EL COLEGIO DE MÉXICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

no de los partidos y hasta en depuraciones de miembros disidentes.

Pero en medio de esta lucha y dolor, renacía el optimismo y volvía la esperanza. A partir de 1943, cuando se empezó a vislumbrar la victoria de los aliados, los exiliados recobraron el aliento; dos años después —17 de agosto de 1945— los diputados a Cortes se reunieron en la Ciudad de México y se recreó el gobierno republicano en el exilio. Con él se vivió el momento clímax de la esperanza, y la comunidad republicana tomó fuerza e incluso se preparó para un posible regreso. Fueron los años en que “los refugiados iban el primero de enero a ver amanecer el año de la vuelta a España”.¹¹ Pero los acontecimientos internacionales pronto se encargaron de alejar esta realidad y, para mediados de siglo, el exilio se veía largo y monótono. El desgarró y el dolor vuelven a aparecer en toda su dimensión, ahora en boca de los hijos de los que llegaron que en aquel tiempo empiezan a publicar y dar a conocer sus inquietudes literarias forjadas dentro de una preocupación por el exilio, heredada de sus padres. Los que llegaron jóvenes, algunos niños, han madurado en México y para 1950 ya son un grupo literario. Se les conoce como “Generación de 1950”,

¹¹ Años después Wenceslao Roces los recordaba como “los años del optimismo irracional” en Ascensión Hernández de León-Portilla, *España desde México*, 1978, p. 359.



Lázaro Cárdenas, 1944

“Generación hispano-mexicana” y “Generación neplanta” y se expresan con fuerza a través de la poesía.¹²

El dolor es su tema favorito y para ellos el exilio es un “desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza, una puerta que parece abrirse y no se abre”, en palabras de Adolfo Sánchez Vázquez, uno de los mentores del grupo.¹³ En libros y revistas los miembros de esta generación fueron dando forma al mundo de sus sentimientos dentro de un pasado que, como en el ciclo de los romances de don Rodrigo y la pérdida de España, era sombra constante de sus vidas y desgarró de sus almas. Comenzaron su vida literaria preguntándose por el mundo al que pertenecían y afirmando que están encerrados en una atmósfera de destierro creada por sus mayores.¹⁴

Otro de sus miembros, José Pascual Buxó habla de los muchos riesgos y las pocas venturas de esta generación en su ensayo “Las alas de Ícaro”. “Ellos”, dice Buxó, “son como Ícaro, siempre infeliz en los laberintos que su padre, el ateniense Dédalo, construyó en el destierro, primero en Creta y después en una tierra lejana”. Para Buxó, Dédalo personifica a los padres del exilio, los que, en su intento de construir una España democrática, fracasaron y tuvieron que exiliarse. En la lectura de Buxó, Ícaro, presa del deseo de un retorno a Atenas, emprende el vuelo “y se pierde en el Hades donde continúa preguntándose en vano el nombre de su patria y de su origen”.¹⁵

Dolor y desasosiego se manifiestan intensamente en esta generación. En algunos como en Angelina Muñoz, acompañados de la soledad; en otros como Luis Rius, acompañados del desarraigo de la vida como una existencia mutilada sin presente ni futuro:

Siempre he sido pasado; así me muero
No recordando ser, sino haber sido
Sin tampoco haber sido antes primero.¹⁶

¹² La palabra *neplanta* se dice que le fue aplicada por Francisco de la Maza. Es palabra náhuatl que quiere decir “en medio”. Con ella se quiso designar a la persona que vive entre dos identidades. Sobre esta generación hay muchos estudios. El primero de ellos se debe a Arturo Souto, uno de sus miembros, en el artículo “Nueva poesía española en México”, publicado en la revista *Ideas de México*, número 1, 1954, pp. 240-245 y número 2, pp. 31-37.

¹³ Adolfo Sánchez Vázquez, “Fin del exilio y exilio sin fin” en *Del exilio en México. Recuerdos y reflexiones*, 1997, p. 36.

¹⁴ La pregunta la hizo Arturo Souto en “Nueva poesía española en México”, *Ideas de México*, número 1, 1954, pp. 240-245 y número 2, pp. 31-37.

¹⁵ José Pascual Buxó, “Las alas de Ícaro” en Rose Corral, Arturo Souto y James Valender, “Poesía y exilio”, 1995, pp. 395-397. Una respuesta a esta versión del mito con una nueva interpretación en Ascensión Hernández de León-Portilla, “José Pascual Buxó entre Ícaro y Penélope” en *De palabras, imágenes y símbolos. Homenaje a José Pascual Buxó*, UNAM, México, 2002.

¹⁶ Luis Rius, “Poesía”, *Diálogos*, El Colegio de México, marzo/abril de 1971, volumen 17, p. 3. Para la poesía de Rius, *vid.* Gonzalo Celorio, “Luis Rius. Corazón desarraigado” en *Poesía y exilio*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 461-468.

En ellos, sentimiento y sufrimiento marcharon de la mano y dieron vida a un espacio y a un tiempo que alimentó sus vidas y dio un sentido trascendente a su quehacer poético. Hoy podemos ver esta poesía doliente como un símbolo de la pérdida que todo exiliado lleva consigo convertida en musa trascendente y necesaria para la creación literaria. Con los años, la poesía doliente del exilio es un legado en el que se puede valorar un existencialismo poético mexicano, aportación singular a la literatura universal.

SEGUNDO MOMENTO: EL TRANSTIERRO

En realidad el transtierro, el pasar de una tierra a otra, comienza en el mismo momento en que desembarcan en Veracruz. Allí son recibidos por la población volcada en las calles con un júbilo desbordado. Quedan muchos testimonios de este momento en que los veracruzanos comparten con ellos alegría y esperanza pero también alimentos y techo. Así lo recuerda Juan Rejano en su emotivo libro *La esfinge mestiza*:

Señor, le dijeron en la calle, ¿es usted español?
Sí, le respondo.
¿De los que acaban de llegar?
Sí, vuelvo a responder.
¿Qué no me haría usted el favor de venir a comer
con nosotros a su casa?

Éste es el primer golpe de mexicanización que los marca para siempre. Después llegan a la capital, se instalan, se acomodan, comienzan a reconocerse entre sí y a conocer a sus vecinos mexicanos. Reciben ayuda para la vida cotidiana, simpatía, acogida y, sobre todo, papeles para trabajar y posibilidades de trabajo. Los maestros y universitarios van entrando en los organismos de educación superior. Este impulso facilita la apertura de colegios en los que se educa a los hijos con el modelo de las escuelas que había en España, nacidas al calor de la Institución Libre de Enseñanza. En ellos se cultivan los ideales políticos y culturales que la República había hecho suyos y que los mayores transmiten a las nuevas generaciones que crecen en un vivir mexicano. Reconstruyen pronto la posibilidad de seguir su vida académica y la formación de las nuevas generaciones preservando su conciencia histórica.

Comienza para ellos un periodo de reflexión, de análisis y aceptación de la derrota en un presente de libertad y de esperanza en el que pueden meditar sobre el papel de sí mismos en su historia y en la de su país y reflexionar sobre la forma de conservar sus ideales y valores en su nueva tierra aceptando los valores de la gente que los acogió. Viven un periodo de conviven-

cia con una realidad nueva que si bien estaba ligada a la propia por la misma lengua, estaba también llena de rasgos culturales diferentes, heredados de dos culturas, la mesoamericana y la española. Paulatinamente, día con día, los desterrados aprenden palabras nuevas, asimilan costumbres, nuevos modos de vivir, de ser y de pensar, un trato social muy cortés, una nueva sensibilidad. Adquieren muchas vivencias que son como inyecciones de mexicanidad, se van mexicanizando. Viven entre dos mundos, el que dejaron y el que encontraron, creando día a día un espacio nuevo en su pensar y en su sentir, ampliando el espacio que traían y llenándolo con el pensar y el sentir del mexicano, de los vecinos, amigos, compañeros de trabajo. Sus hijos van creciendo con niños mexicanos porque las escuelas del exilio alcanzan gran prestigio y a ellas acuden muchos niños de la nueva tierra. Sufren un proceso en el que pasan “de lo extraño a lo íntimo”, en frase de Clara Lida.¹⁷

La adaptación y la asimilación son procesos lentos pero eficaces y llegan a formar en la persona sentimientos firmes y perdurables: los desterrados se van empatriando, haciéndose de la tierra, se hacen transterrados,

¹⁷ Clara E. Lida, *Inmigración y exilio. Reflexiones sobre el caso español*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1997, p. 115.



León Felipe

© Rodrigo Moyra



Luis Rius en un dibujo de Arturo Souto

palabra que José Gaos llenó de contenido al aplicarla a los que se adaptaron a su país de destino:

Cuando llegamos los primeros era director de la Facultad Antonio Caso. La forma en que nos ofreció y mantuvo la hospitalidad de su Casa me movió a decir que había sido la de un gran señor de la inteligencia. Por ella, y por la acogida que en general se nos hizo, dije, en comida de profesores mexicanos y españoles que no nos sentíamos desterrados sino transterrados.¹⁸

El propio Gaos reconoció que la palabra hizo fortuna “sin duda por dar expresión justa a una realidad psicológica colectiva”.¹⁹ Desde entonces la palabra se aplica a todos los que encontraron nueva tierra en la que pronto se arraigaron. Se considera que el proceso de transtierro, sufrido en mayor o menor intensidad por todos los que llegaron, cristalizó más pronto y con más fuerza en los círculos académicos: en las universidades, El Colegio de México, el Instituto Politécnico, la Normal Superior y en diversos colegios e instituciones educativas de la capital y de provincia. No es extraño que así fuera ya que los profesores españoles fueron invita-

dos no como simples maestros sino como fundadores de instituciones. En estos centros de enseñanza participaron en la fundación de posgrados, revistas especializadas y nuevos seminarios, de forma que pudieron recrear su propio espacio académico. Leopoldo Zea lo dijo con unas certeras palabras: “Aquí tuvieron no otros discípulos sino más discípulos”.²⁰ Sin dejar de cultivar las corrientes humanísticas y científicas que habían cultivado en España, se incorporaron a tareas específicamente mexicanas en la búsqueda de nuevos conocimientos y en la investigación de temas del pensamiento, la historia y la naturaleza del país que los recibió. De esta manera fueron un fermento en la vida académica de México, que a la larga se convirtió en “un vigoroso injerto en la cultura mexicana”, en frase de Héctor Fix Zamudio.²¹

¿Puede fijarse una fecha para definir este cambio de desterrados a transterrados? En realidad, no es fácil, ya que la historia tiene como soporte el tiempo como *continuum* y en el caso del exilio el proceso fue lento. Sucede además que en él entra la voluntad individual de cada exiliado, de tal forma que unos se sintieron empatriados muy pronto y otros tardaron más en aceptar su permanencia en México. Pero es una realidad que después de dos décadas, los españoles estaban lo bastante mexicanos para sentir que habían echado una semilla fructífera en sus tareas, que su voz era oída por el mundo académico, que su presencia era fuerte en la vida económica del país y que sus hijos estaban dejando de ser ramas para convertirse en raíces. “Allí están las raíces y aquí el tronco”, decía Wenceslao Roces en 1975 y poco después la vida le dio ocasión de ratificar su tesis, aunque podemos agregar que el tronco había echado ya sus propias raíces.²² Es posible pensar que para 1960, los desterrados eran plenamente transterrados. En opinión de Arturo Azuela “en muy poco tiempo, el exilio español ya formaba parte de la historia del México contemporáneo”.²³ Aunque quizá la sombra del destierro no se desvaneció fácilmente. Nuria Parés lo dice con bellas palabras:

Años de soledad en los que el recuerdo de lo que había quedado atrás fue cobrando el perfil del paraíso perdido. Cuando llegué a México, busqué, como tantos de nosotros, lo que había de español aquí, un asidero, y tardé en recono-

²⁰ Leopoldo Zea, “Gaos transterrado ejemplar”, *Novedades*, México, 10 de mayo de 1977.

²¹ Héctor Fix Zamudio, “El derecho” en *Las humanidades en México, 1950-1975*, UNAM, México, 1978, p. 309.

²² La cita está recogida en Ascensión Hernández de León-Portilla, *España desde México: vida y testimonio de transterrados*, p. 101. Al llegar la democracia, Roces fue elegido senador por Asturias y se reintegró a la vida política española. Pero a los ocho meses, regresó a México.

²³ Arturo Azuela, “Remembranzas” en *Cincuenta años de exilio español en la UNAM*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1991, p. 32.

¹⁸ *Apud.* Raúl Cardiel Reyes, “La filosofía” en *El exilio español en México*, México, 1982.

¹⁹ José Gaos, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, *Revista de Occidente*, segunda época, año IV, número 38, Madrid, mayo de 1966, p. 177.

cer que lo que había de español aquí no era español, era mexicano y que así, como mexicano, había que quererlo.²⁴

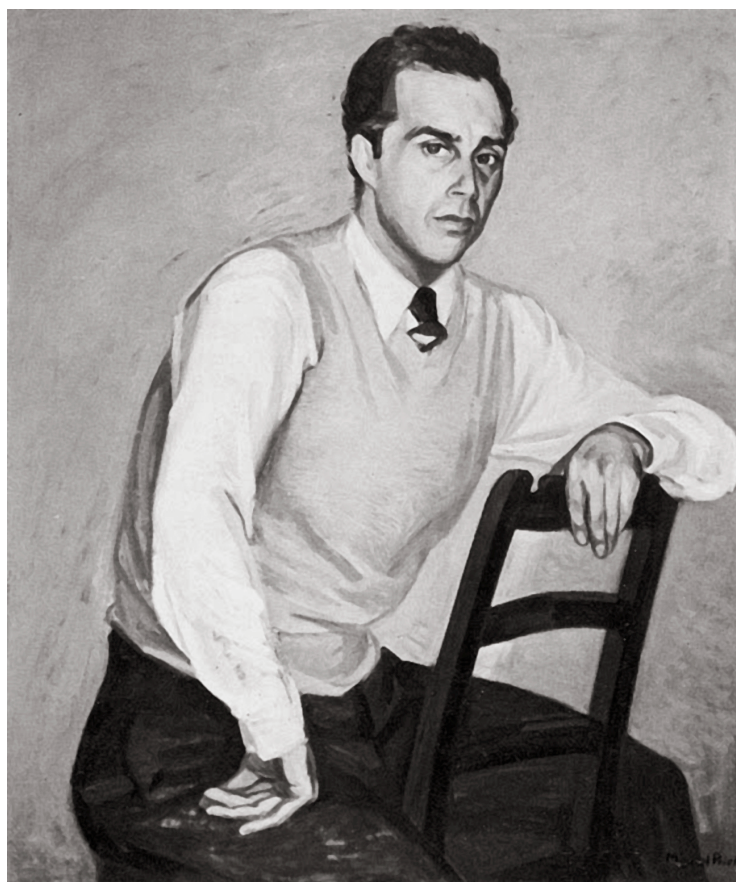
Pero el transtierro se hizo poco a poco realidad, acompañado de un proceso profundo de mexicanización. En este proceso hubo también un giro ideológico prohispanico porque los refugiados mostraron un nuevo rostro de España. Es lo que Gaos llamó “revolución hispanista”,²⁵ que abrió posibilidades impensadas a la concordia entre el mexicano y el español.

TERCER MOMENTO: INTEGRACIÓN A UN PROYECTO DE VIDA MEXICANO

Desde que tocaron tierra, el proceso de mexicanización no cesó; antes bien, se fue haciendo más fuerte, a tal grado que desembocó en una integración en la vida mexicana de forma sosegada, paulatina. La mayoría aceptó de súbito la nacionalidad mexicana, aunque algunos se resistieron a perder su pasaporte español. Pero eso era lo de menos porque los transterrados se hicieron revolucionarios e indigenistas y los mexicanos republicanos e hispanistas. Existía una corriente de simpatía ideológica que había roto prejuicios y diferencias y había acercado posturas: unos y otros se habían reencontrado y transitaban por un mismo camino buscando la construcción de un país mejor, más desarrollado, con más libertad, respeto e igualdad.

En verdad, la participación en grandes proyectos empezó a hacerse pronto: en las universidades, en las empresas editoriales, en la industria, allí donde trabajaron juntos mexicanos y españoles; juntos idearon, juntos crearon, juntos aportaron. Unos fueron el estímulo de los otros y todos de todos. He aquí un testimonio de tempranos tiempos transmitido por Eduardo García Máynez, director de la Facultad de Filosofía y Letras en la década de 1940:

Quiero subrayar el papel que desempeñó en esas empresas (la Facultad y el Centro de Estudios Filosóficos) lo mismo que en las actividades docentes y el cultivo y divulgación de las ideas filosóficas, el grupo de maestros españoles. Lo que entonces se hizo, difícilmente hubiera podido lograrse sin su ayuda. Aquellos años fueron un momento feliz de nuestra Facultad, pues los azares de la historia hicieron que entre sus profesores figuraran, entre los más notables de los mexicanos —Anto-



Juan Rejano pintado por Miguel Prieto

nio Caso, Ezequiel A. Chávez, Alfonso Reyes, Samuel Ramos y José Vasconcelos, ya desaparecidos— varios de las Universidades de Madrid y Barcelona.²⁶

Como este proyecto hubo muchos más que los discípulos mexicanos, hoy maestros, han ido dando a conocer en congresos y publicaciones. En ellos se recuerda a los maestros españoles codo con codo con sus colegas mexicanos en los primeros años de creación de instituciones, en los que se concebían nuevos proyectos, que décadas después son valorados como hitos que dejaron huella en la investigación; con el tiempo hay que ver esta actividad como la creación de un enorme proyecto de dimensiones nacionales para el desarrollo académico del país. En las facultades de varias universidades pudieron ellos, junto con los mexicanos, fundar centros y seminarios de posgrado, colecciones editoriales y consolidar la figura del profesor de carrera. En sus clases supieron armonizar logos y belleza, filosofía y poesía con rigor y método, amor y pasión. Esto mismo hicieron en otros centros de educación como El Colegio de México, la Normal Superior, el Conservatorio Nacional de Música, el Instituto Politécnico Nacional. En éste laboraron muchos; allí puede verse una placa con el nombre de cuarenta y cinco. Sus alumnos los recuerdan

²⁴ Nuria Parés, “Poesía y vida” en *Poesía y exilio*, Rose Corral, Arturo Souto y James Valender, editores, El Colegio de México, 1995, p. 387.

²⁵ José Gaos, “La adaptación de un español a la sociedad hispanoamericana”, *Revista de Occidente*, segunda época, año IV, número 38, Madrid, marzo de 1966, p. 172.

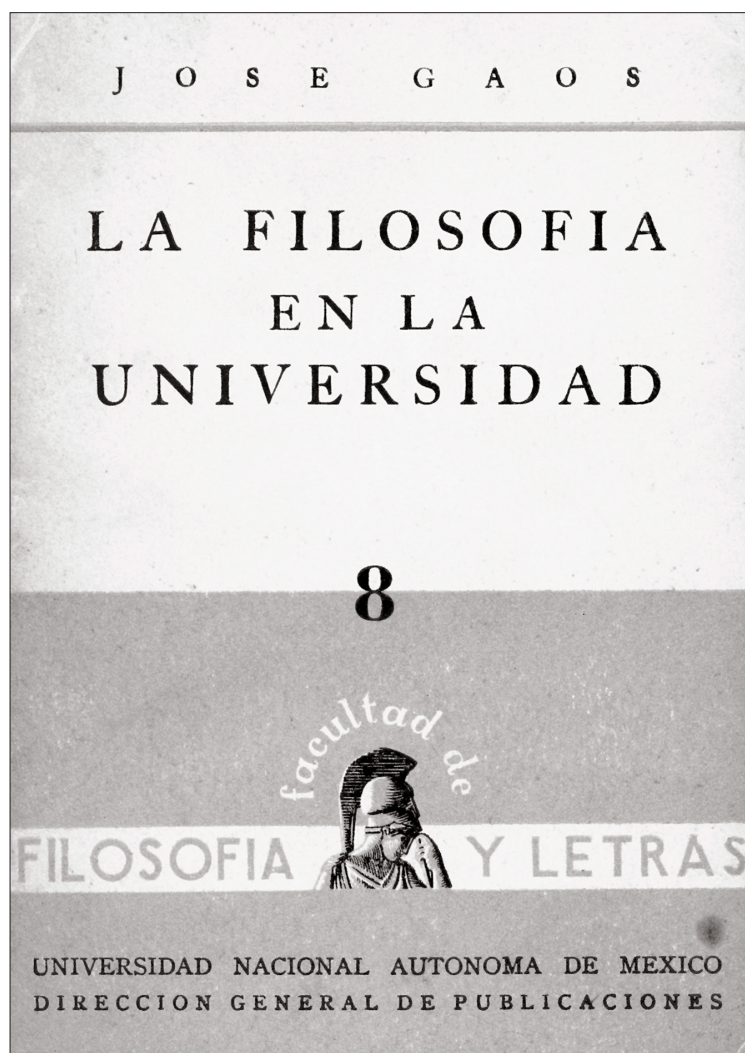
²⁶ Eduardo García Máynez, “Breve historia del Centro de Estudios Filosóficos”, *Dianoia. Anuario de Filosofía*, número 12, UNAM, México, 1966, p. 240.

como “innovadores, exploradores de infinitos, formadores de recursos humanos con entrega generosa y continua; como docentes que “murieron con las batas puestas”.²⁷

Pasado medio siglo de la llegada, la Universidad Nacional les hizo un magno homenaje en septiembre de 1989. En aquella ocasión quiso la UNAM que sólo participaran mexicanos, para que resaltara la gratitud de los universitarios mexicanos hacia sus maestros. Impresiona recordar lo que se dijo de ellos, porque, a cincuenta años de la llegada, los discípulos los seguían viendo como modelos de universitarios: por su nivel científico, su rigor, su profesionalismo; por sus seriedad, disciplina; por sus posturas flexibles, antidogmáticas; por su capacidad de análisis profundo, de conocimiento de lenguas; por su aptitud para dar cohesión a grupos; para fundar y dirigir centros; en una palabra, por su capacidad para formar y no sólo para informar.

“Llegaron con su vieja maleta llena de sabiduría y empezaron a compartir sus vidas con los universitarios mexicanos”. Muy pronto sus alumnos quedaron cauti-

²⁷ Así los pintan María Luisa Sevilla y Guillermo Carvajal, profesores del Politécnico en el ensayo “Naturalistas” en *Científicos y humanistas del exilio español en México*, Academia Mexicana de Ciencias, México, 2006, p. 150.



vados por su estilo de ejercer la profesión, por su estilo de vida. Sin esfuerzo, como algo muy natural se estableció una atmósfera de comprensión que en muchos casos llegó a ser una relación paterno-filial. “Compararían su vida con nosotros en la clase y fuera de ella”, recuerdan a menudo. Eran grandes conversadores, generosos para entregar su saber y su tiempo a sus alumnos. “A veces apasionados, incluso gruñones, vivían su circunstancia con profunda emoción; santos laicos, franciscanos en su vida interior, en su norma ética. Sencillos, no exentos de orgullosa modestia, poseían elegancia con ausencia de solemnidad. Nos dejaron un mensaje de humanidad como Vasco de Quiroga, Bartolomé de las Casas y fray Bernardino de Sahagún”.

Otro de los rasgos que quedó grabado para siempre en la memoria de sus discípulos fue su espíritu permeable a la mexicanidad, su comprensión de los sentimientos de aquellos que los acogieron. “Sus raíces retoñaron en nueva tierra y florecieron sin amargura, sin rencor. Sintieron ellos que la inteligencia que la España vencedora rechazaba era la que México buscaba.²⁸ Por todo esto es comprensible que México, tierra de exilios, considere al exilio español como el exilio por excelencia, el que enriqueció su modernidad, el que forma parte de su proyecto nacional. El entonces rector, José Sarukhán, lo expresó al inaugurar el citado congreso con estas palabras: “No hay espacio universitario donde no siga resonando su palabra y donde no siga evocándose su memoria. Son parte entrañable de nuestra mejor tradición contemporánea”.²⁹

CUARTO MOMENTO. LA MORADA DE LA CONCORDIA

“El tiempo que mata también cura”, escribió en 1991 uno de los protagonistas del exilio, Adolfo Sánchez Vázquez, en un ensayo que recoge cincuenta años de vida en tierras mexicanas y que lleva el expresivo título de *Fin del exilio y exilio sin fin*. Veinte años después, el proceso de curación está bien consolidado porque la integración a México es la mejor medicina para el dolor, la tristeza, el desarraigo y el sufrimiento. En realidad, la integración de cualquier exilio, de cualquier exiliado a su patria de destino, es un logro de la grandeza del ser humano. La integración a México del exilio español es uno de los logros más grandes de la historia moderna porque en él se unen dos grandes frutos: el de aceptar una patria donde sentirse plenamente mexicanos, y el de conser-

²⁸ Estas ideas están sacadas del libro en el que se recogió una buena parte de las cincuenta ponencias de aquel congreso y que lleva por título *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, op. cit., en los ensayos allí reunidos se relatan experiencias muy personales.

²⁹ José Sarukhán Kermez, “El exilio español en la UNAM”, *Cincuenta años del exilio español en la UNAM*, op. cit., p. 12.

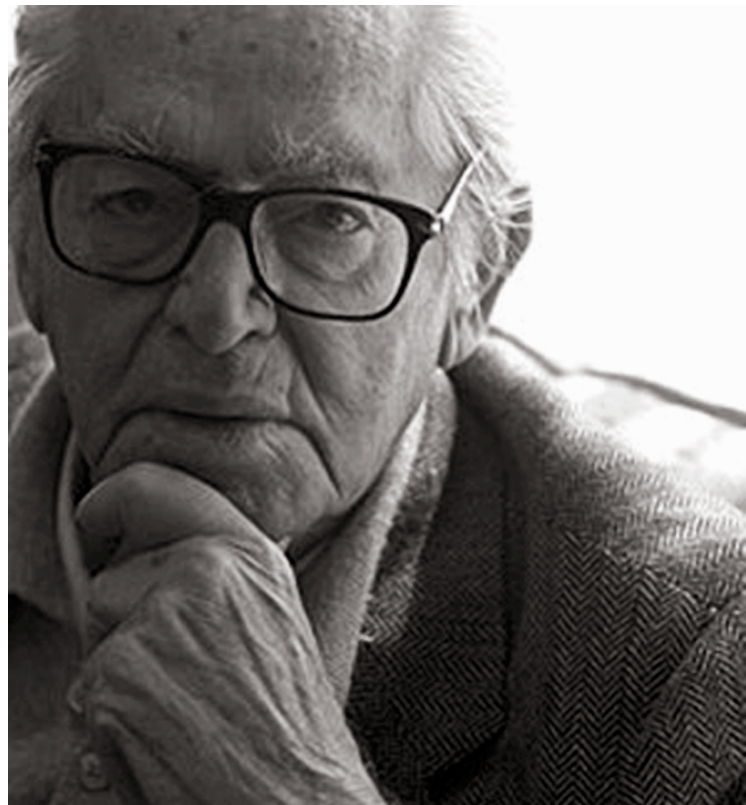
var la identidad de españoles, creando un espacio español más allá de España. Dos realidades sin duda difíciles de armonizar porque ello implica sentir dos patrias, sentimiento al que José Gaos llamó hace muchos años “sentir una doble patria una”, meta del español que debía dejar de ser desterrado y hacerse transterrado.³⁰

Quizá podemos entenderlo mejor si pensamos que son los propios mexicanos quienes así lo quieren ver. Una gran parte de la sociedad mexicana que hizo suyo el exilio y lo integró a su proyecto de vida, reconoce en él un legado de inmenso valor. Para esta sociedad, el legado es como un tesoro que se puede estudiar en sí mismo, como un hecho histórico con personalidad propia y a la vez, puede aislarse dentro del acontecer general del país, aunque por otra parte este tesoro esté totalmente integrado a México y le pertenece; pero no deja de ser “el exilio español”, el gran éxodo que dejó en México los mejores frutos de la Edad de Plata, el que reveló una nueva imagen del español que no venía a hacer la América sino a enriquecerla, mexicanizándose, uniéndose a la tarea de construir un nuevo país que salía de la Revolución. Así lo dejó escrito Francisco Giral:

Los españoles trabajaron mezclados con los mexicanos. Hay que recalcar que fueron importantes no porque hayan hecho grandes cosas ni grandes aportaciones sino porque fueron piezas de trabajo que aportaron cosas pequeñas; pero reforzando grupos mexicanos se lograron grandes cosas.³¹

Este doble ser del exilio es un fenómeno histórico poco común, ya que en general, los exilios pronto se diluyen en la patria de destino dejando un recuerdo, una huella, pero no esta doble realidad tangible que no cesa de ser vista, repito, como un tesoro español y perteneciente a México.

¿Puede encontrarse una explicación a esta realidad dual que no es sino una creación singular, quizás única en la Historia y que pervive durante décadas, muertos ya la casi totalidad de los que llegaron? No es fácil encontrarla pero creo que esta realidad dual responde a la construcción de una morada interior, edificada a su vez en un diálogo de sosiego y armonía de lo español y lo mexicano: “México, ampliación de mi patria; España, ampliación de México”, decía Elvira Gascón.³² En el corazón de cada exiliado hay una deuda de gratitud eter-



Adolfo Sánchez Vázquez

na a los mexicanos que les dieron asilo, morada y voz; y hay también un pacto sellado de amor a España y a México. En el corazón de los mexicanos hay también un pacto de amor a los que llegaron y se entregaron a México y hay un pacto de aceptación de lo español, de lo hispánico. En el corazón de unos y otros hay un gran espacio lleno de valores y sentimientos compartidos que integran una morada de concordia, de conformidad consigo mismo y con su pasado. Y aunque esta morada se construyó poco a poco en el tiempo, su semilla empezó a germinar desde la llegada, desde la acogida, desde el primer refugio y el primer asilo. Así la encontramos en un temprano poema de Juan Rejano:

Si escribo gratitud, si escribo amor,
sólo ofrezco unos signos. Signos. Nada.
Puedo escribir también pan, libertad
y acaso se me quiebren las palabras.
Yo escribo en mis adentros hombre y pueblo
y algún sentido tiene ya la fábula.
Lo más profundo siempre está en el nombre:
México. Cárdenas.³³

Pero más allá de todo, esta morada de concordia puede ser vista como un puente de unión de creencias, valores y raíces no sólo entre españoles y mexicanos sino de todos los que comparten lengua y cultura en el mundo atlántico. **■**

³⁰ Esta idea de Gaos puede verse analizada en su citado libro *En torno a la filosofía mexicana*, volumen I, Porrúa y Obregón, México, 1953, p. 81.

³¹ *Apud.* Santiago Capella *et alii*, “Químicos” en *Científicos y humanistas del exilio español en México*, Academia Mexicana de Ciencias, México, 2006, p. 172.

³² En Ascensión Hernández de León-Portilla, *España desde México. Vida y testimonio de transterrados*, México, 1978, p. 218.

³³ Juan Rejano, “El nombre” (1941), recogido en *Alas de la tierra*, UNAM, México, 1975, p. 233.